

infatigable, pues sabe aderezar los minutos con su conocimiento de la vida literaria del país, la gente curiosa que ha visto en sus viajes por Chile, sus compañeros de letras, los personajes inolvidables de su libro *Cuando era muchacho*. El capítulo final de su *Eutrapelia, Honesta recreación*, no es únicamente la confesión, sin voz impostada, de un escritor de rara alcurnia espiritual, sino que también, el testimonio vivo de un artista que trabaja con dignidad su oficio y que no olvida la función del escritor en la vida social. Arte y Humanidad en unidad indestructible encuentran en González Vera a un plasmador sin concesiones ni efectismos de ninguna clase. Arte fundado en la medida, en la vigilia para el verbo, en el sacrificio de todo preciosismo. Vida la suya fundada en la verdad sin eufemismos de lo cotidiano. Y junto a ello, este signo de raigambre clásica, el regusto del vivir, el gozar la vida, la aspiración a la equidad universal. Y entre sus placeres: la lectura, "mi debilidad de conversar horas, tardes y días" con los amigos de siempre, y el beber té incansablemente, ese té que espera humeante en su taza de loza chilena mientras su dueño hilvana los recuerdos en torno a poetas y escritores que se animan en ese tercer piso de un lugar de Santiago. Federico Gana, Jorge González Bastías, Baldomero Lillo, Augusto d'Halmar, etc., que salen del entresueño y que vienen en visita junto a nosotros gracias al desvelo de su compañero y amigo que con el recuerdo de sus vidas, prepara un libro. La Honesta recreación llega a su punto.—Luis Droguett Alfaro.

■

"NIÑO DE LA COSTA", novela de Juan Negro. Editorial Nascimento, 1956

Hermosa la *nouvelle* de Juan Negro que acaba de editar Nascimento, junto con la reedición, en el mismo volumen, de su primera obra en prosa, *Botella en el Mar*, publicada por primera vez en 1947.

Se nos aparece aquí el poeta en una plenitud artística, con un

registro dramático contenido, de humanidad honda. El tema del mar, de los seres que viven a su vera, los pescadores y los niños de la costa, los soñadores de siempre a la búsqueda de los habitantes del océano, en una empresa que tiene mucho de aventura, de poesía. Pero el tema del mar no ha inspirado sólo al prosista refinado que es Juan Negro, sino que también al poeta en verso. Recordamos su juego poético en su "Profesor de danzas", donde el mar es ya el protagonista:

*Esta mañana el Señor Mar
ha juntado a las olas más pequeñas
para darles la primera lección de danzas.
A unas les ordena empinarse un poco,
a otras correr en bandadas ligeras,
o bien las hace brincar con finura
para que se les desplieguen en el viento
las polleritas de espuma...*

Y en su "Soneto clásico", igualmente, el tema del mar transfigurado en un juego de ingenio lírico:

*...y cuando ya ha tatuado sobre el pecho
suave del niño un pez y caracolas
y ha ceñido con algas su cabeza
allí en lo hondo del marino lecho...*

Niño de la Costa cuenta las andanzas de dos niños, primero, Pedro y Rafael, que comienzan a dar rienda a su vocación vital, la vocación de sus parientes, de sus amigos, en esa caleta de pescadores donde viven. Perucho viene a ser el héroe a quien seguimos en su inquietud de pescador en floración reciente. La seducción que ofrece el relato, la pericia de Juan Negro para interesar en los menores acontecimientos de ese mundo pequeño, pero grande de humanidad doliente, es admirable. Juan Negro se revela como un conocedor pro-

fundo de los pormenores que inspiran su narración costina. Los personajes que dan la atmósfera al clima del mar: el abuelo don Roque, la voz de la sabiduría; Pepito, el niño acompañante en la aventura de la pesca de la corvina; Fabián, el pescador fantasioso, el narrador de las aventuras de la pesca, y los otros personajes, los seres anónimos de su relato, están vivísimos, plenos de las esencias mismas de lo marino. En la sencillez de sus vidas, en las contiendas de su trabajo, en las odiseas innumerables del diario bregar con la naturaleza, estos personajes emocionan. Arte admirable el de Juan Negro, por esta dosis de emotividad que nos entrega a manos llenas, sin insistir en el tono, sin arrebatos, ni descripciones odiosas. Arte que dosifica la gracia y que sabe detenerse al justo, sin saturar su narración de variaciones pseudopoéticas interpoladas en el texto. Y esa es una de las virtudes literarias más dignas de señalar en el oficio mismo de este escritor chileno. La condición de ser lírico pareciera implicar, para otros, la necesidad de realizar estas verdaderas incursiones por el universo no siempre artístico de lo metafórico. En Juan Negro el poeta no ahoga el hilo apasionante de su novela. Ha sabido, igualmente, este autor, enriquecer nuestra literatura basada en las correrías o hazañas del mundo infantil. Este mundo infantil que alcanza jerarquía por el talento indiscutible de este notable artista nuestro. El *Niño de la costa* señala, también, las posibilidades infinitas que tiene el realismo en nuestra literatura, un realismo aderezado por la gracia del creador, aligerado de todo remiendo militante, de todo embaucamiento ajeno al arte mismo de recrear la realidad, de transmutar sus esencias. Realismo poético el de Juan Negro, que se va hilando de sutilezas, de leves toques de ambiente, de alumbramientos súbitos.

En su "nouvelle" *Botella en el Mar* donde la transfiguración de la realidad alcanza un grado mágico. Estamos frente al viejo tema del mar, el mar como personaje, como entidad humanizada. Todo aquí transcurre en el doble plano de realidad y sueño, en contrapunto de misterio y verdad. Bello símbolo el que crea Juan Negro; el mar viene a ser portador, a la vez de encantamiento y bienaventuranza. Mar bienhechor, como en un cuento infantil. Juan Negro denota, ade-

más, su capacidad de creador de suspensos. La atmósfera que pinta tiene el tinte augurante de lo maravilloso. La poesía salta a la vista, de imágenes sutilmente elegidas, sin recordar interpolaciones deliberadas. La poesía nace del relato, como con naturalidad. Veamos en *Botella en el Mar*, este fragmento:

“El hombre se sentó frente a mí dando puñetazos sobre la mesa y su contorno se dibujó ayudado por el resplandor verde-marino que yo suponía luz de farol o de linterna para señales. Hasta llegué a suponer que alguien alumbraba detrás de sus hombros”.

Juan Negro ha llevado a su personaje al ambiente mismo de una taberna, crea la atmósfera realista (antes dijo: “Por entre los ruidos de una pianola desafinada, por entre el humo de los cigarrillos y las pipas abriéndose paso como una embarcación de gran tonelaje... etc.”), pero en el instante mismo de la realidad cruda (“dando puñetazos sobre la mesa”) salta la chispa mágica, salta la poesía en el relato.

Realismo y poesía, en unidad de nuez, en *Botella en el Mar*, confirman las dotes magníficas de Juan Negro para crear su ficción.

Niño de la Costa atestigua la vena de un escritor que, con medida y en poder de una imaginación refinada, embellece la realidad, aun en un tema tan vívidamente narrado como es la vida y muerte de Perucho. Su prosa artística es una muestra decidora de sus altas cualidades de escritor que no ha traicionado al poeta.—*Luis Droguett Alfaro*.



“MONOGRAFÍA SOBRE EL PINTOR LAUREANO GUEVARA”, de
Jorge Letelier

Importante es la obra de difusión de nuestros más representativos pintores que realiza el Instituto de Extensión de Artes Plásticas de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, pues, junto